

por encanto en rosas de color de púrpura: ¿no las veis? Y ¿quién hizo este prodigio? ¡El amor! Coronado de rosas y arrojando llamas se nos muestra el Corazón de María para excitar el fervor en nuestros tibios y manchados corazones. ¡Plegue á Dios que su suave fragancia los purifique, y su santo calor los enardezca, haciendo reflejar sobre ellos los resplandores del Sagrado Corazón de Jesús! Así sea.

### PANEGÍRICO DE MARÍA AUXILIADORA

(predicado en la iglesia de la Congregación Salesiana, de Bogotá, mayo de 1895).

#### María, restauradora de la piedad y de la educación en el siglo XIX.

Ecce hæc spes nostra, ad quam confugimus  
in auxilium. Is. 20, 6.

Ilmo. Señor Arzobispo <sup>1</sup>,

1. Era á fines del siglo XVI, cuando, á la voz de San Pío V, el pueblo cristiano, temblando ante la cimitarra mahometana, clamaba á coros: *Auxilium Christianorum, ora pro nobis*; y hoy, á fines del siglo XIX, el mismo pueblo, aterrado por el espectro de nueva barbarie, también grita en todas partes, desde Turín hasta la Tierra del Fuego: «¡María Auxiliadora, ruega por nosotros!» ¿Qué denota, cristianos oyentes, la identidad de plegarias sino la identidad del peligro y del medio de conjurarlo? En aquel entonces la Iglesia, solidaria de la sociedad, formando el gran compuesto del Sacerdocio y el Imperio que se llamó la Cristiandad,

<sup>1</sup> El Ilmo. Señor Don Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá.

se veía amenazada de muerte temporal por el bárbaro heredero de Mahoma, pujante aún en mar y tierra, pues acababa de teñir su alfanje en la sangre de veinte mil cristianos degollados en la desventurada Nicosia. Hoy, en pleno siglo del progreso y de las luces, la pobre Iglesia de Cristo, rechazada por la sociedad ingrata que va diciendo en todas partes: «Arrojemos su yugo y el de Dios» <sup>1</sup>, vese rudamente amenazada de muerte espiritual por el feroz naturalismo que mata el espíritu, y el sensualismo vil que envenena el corazón en millares de hombres muertos para la verdad y el bien. ¿Cuál de esos dos tiranos, el que degüella los cuerpos, ó el que asesina las almas, es más terrible y espantoso? No es difícil conocerlo. Y ved aquí por qué el grito que hoy arranca del corazón de la Iglesia, no es menos agudo y lastimero, aunque tampoco es menos confiado y fervoroso, que en los tiempos del apogeo del islamismo.

2. Pero no es menos eficaz y poderoso el auxilio que responde á la voz suplicante de la Iglesia, porque hoy, como entonces, como siempre, aunque en modo diverso y adecuado á la índole de las necesidades actuales, es María, la poderosa Reina de los cielos y Madre de los hombres, la que baja de las alturas de su trono, con la espada de la misericordia en la mano, á pelear victoriosamente por la causa de sus hijos. *Venit adiutrix pia Virgo celo lapsa sereno* <sup>2</sup>. Así lo cuentan los monumentos legados por nuestros mayores; así lo atestiguan los templos cubiertos de magníficos trofeos; así lo pregonan estas mismas festividades, repetidas de año en año, en que á porfía todas las clases

<sup>1</sup> Proiciamus a nobis iugum ipsorum (Ps. 2, 3).

<sup>2</sup> Offic. Eccl. hymn. Vesp.

sociales y todas las edades tributan homenaje á María Auxiliadora<sup>1</sup>.

3. ¡Aliento, pues, almas cristianas! Si atentamente contemplamos hoy las grandes maravillas con que en el presente siglo, Dios, no menos fiel que en los pasados, ha venido en auxilio de su Iglesia empeñada en feral batalla con el error desenmascarado y la corrupción sin freno, no podremos menos de reconocer la virtud auxiliadora de María, primordial instrumento de la Providencia para la salvación de la gran familia de Jesucristo. La diestra que salvó en Lepanto la bandera de la civilización, ha de salvarla también en el campo de la moderna Babilonia, donde se han impugnado todas las sanas creencias y jurado guerra á muerte á toda idea y práctica cristianas. Y vemos ya á la hermosa Luna que venció á la torpe Media-Luna, cómo va disipando las tinieblas del error y del vicio que amagaban hundir en el caos de un nuevo paganismo la pura y verdadera civilización. Para este efecto parecían necesarias dos cosas: la renovación de la piedad en el pueblo católico, y la restauración de la educación de la juventud. Pues una y otra obra, visiblemente ayudadas por un brazo poderoso, nos demostrarán la intervención de María Auxiliadora en la marcha triunfal de la Iglesia, intervención que nos augura para ésta el triunfo decisivo. Imploramos, etc. *Ave María*.

#### I.

4. Renovar el espíritu de piedad en un siglo casi exánime, aterido por el helado soplo de la concupiscencia, era tanto como reavivar la fe en las almas ofus-

<sup>1</sup> Offic. Eccl. hymn. Vesp.

casas con el mentido brillo de la moderna ciencia, levantar al cielo por medio de la oración las abatidas alas del corazón humano, encender el fuego de la caridad de Dios y del prójimo, abrir una fuente inagotable de buenas obras, hacer brillar, en fin, la idea y el sentimiento cristiano, y sacar así triunfante á la Iglesia de Cristo á la faz del siglo XIX, en pleno reinado del materialismo ateo y socialista.

Pues esto ha hecho María. *Ella era nuestra esperanza, y no tardó en venir á socorrernos*<sup>1</sup>. Y ¿quién otro podía hacerlo mejor que la Madre piadosa, la fuente de piedad, *Pia Virgo*, como la apellida la Iglesia? Porque María no es sólo piadosa para sí, sino manantial de la piedad cristiana: *Mater pulchra dilectionis*<sup>2</sup>, no siendo esa virtud otra cosa que el aroma de la caridad, la expansión del amor divino, la difusión del calor que desarrolla en las almas el conocimiento y trato sobrenatural de Dios. Por la influencia de María se ha fomentado siempre la piedad en el mundo, así como por ella se ha dilatado la fe, y han germinado en el erial de la tierra las más bellas virtudes.

5. Vengamos ya, católicos oyentes, á considerar por qué medios y con qué auxilios tan extraordinarios ha llegado María á reanimar en nuestro siglo la piedad cristiana, esa hermosa y sólida piedad cuya fragancia mitiga los amargos pesares de la Iglesia, y cuyo brillo no puede ocultarse ni aún á los ojos de sus más ciegos enemigos. Como á la voz de un Pontífice se agruparon los soldados de la fe para lanzarse sobre el Turco, siguiendo la Estrella de los mares que el dedo del Santo Pío V les señalaba, así á la voz de Pío IX y de

<sup>1</sup> Is. 20, 6.

<sup>2</sup> Eccli. 24, 24.

León XIII despertáronse las almas adormecidas, oyendo de boca de estos dos grandes y piadosos Papas las nuevas glorias y prerrogativas de la Santísima Virgen. Pío IX, azotado, pero no anegado, por las embravecidas ondas de la revolución satánica, ve á la *Mujer*, como nuevo Juan en el Patmos de Gaeta, *revestida del sol* de la Gracia desde el primer instante de su ser, *hollando la Luna* de la humana degradación con el pie virginal con que aplastó la cabeza de la infernal serpiente<sup>1</sup>, y *ceñida la radiosa frente* con diadema de estrellas<sup>2</sup>: ve á María Inmaculada en su Concepción, y muéstrala á los fieles del universo como arco iris de salud, como aurora de restauración cristiana.

6. Sí, católico auditorio: la definición dogmática de la Inmaculada Concepción pronunciada á mediados del presente siglo, es una de las maravillosas trazas de la Providencia para reavivar la llama de la fe, según que la experiencia lo ha probado clarísimamente, y la misma reflexión lo demuestra. ¡María Inmaculada no es otra, pues, que María Auxiliadora! ¿Quién no ve la semejanza? Y ¡coincidencia singular, oyentes míos! Vosotros acaso no sabéis que el día 8 de diciembre de 1841, ya casi en el crepúsculo del gran día de la definición, puso el célebre Don Bosco, el Vicente de Paúl de nuestro tiempo, la primera piedra espiritual del edificio llamado *Oratorio Salesiano*, catequizando, en aquel día, en una iglesia de Turín á un pobre niño; y que, algunos años más tarde<sup>3</sup> en otro día de la Concepción bendijo la pobre capilla provisional donde quedó definitivamente bautizado el Oratorio con el nombre de San Francisco de Sales. ¿No era esto decir la misma

<sup>1</sup> Gen. 3, 15.<sup>2</sup> Apoc. 12, 1.<sup>3</sup> 1844.

Virgen que venía á socorrer al mundo por medio de su Inmaculada Concepción?

7. Mas, si á Pío IX se le mostró María revestida del ropaje de la gracia: *tota pulchra*<sup>1</sup>, á su no menos pío que oprimido sucesor se le ha mostrado coronada de rosas y blancas azucenas. *Et sicut dies verni circumdabant eam flores rosarum et lilia convallium*<sup>2</sup>, anunciándole días de risueña primavera; y así la ha señalado León XIII á los ojos de todas las naciones, para que por la eficacia de la oración popular del Rosario se renueve la amortiguada piedad, y el santo ardor de otras épocas gloriosas circule por las venas de esta sociedad enflaquecida y anémica. ¡Oh, y cómo resplandece la ordenación providencial en el feliz pensamiento del sabio Pontífice! En esta cruelísima borrasca de males y calamidades (como él mismo se expresa) que ya tantos años afligen á la Iglesia, cuando parece que va á hundirse en los abismos de una general apostasía el barco de la cristiandad, no obstante la destreza del piloto que por entre escollos y arrecifes le va guiando, mirad á esa misma Iglesia hoy como nunca grande moralmente, respetada por los poderes humanos, obedecida y amada por millones de fieles, fecunda, cual quizás en ninguna época, en instituciones grandiosas que atestiguan ser ella sola la depositaria de la verdad, la dispensadora del bien, la fuente de la verdadera civilización. Y ¿no será debido atribuir estos triunfos al auxilio de María, invocada por León XIII con la aclamación de *Regina Sacratissimi Rosarii*? ¡He ahí otra vez en el siglo XIX á María Auxiliadora! ¡Es la Virgen de las rosas! ¡Es la Virgen del pueblo y de

<sup>1</sup> Cant. 4, 7.<sup>2</sup> Eccli. 50, 8.

los niños que las cogen! Por eso no se cansa el devotísimo Don Bosco de hacer rezar el Ave María á sus niños, á todo el mundo, á cuantos piden algún favor ó gracia á María Auxiliadora. «Rezad, les dice, el Padrenuestro, el Ave María y Gloria Patri, y poned en ella vuestra confianza.» ¡Es decir que por las sencillas oraciones del Rosario, constantemente repetidas, quiere María centuplicar en nuestro siglo sus favores! ¿No es esto mismo lo que ha declarado mil veces el oráculo infalible? Y ¿no lo ha comprobado ya bastante la experiencia?

8. Pues, para no abrigar duda de que el Rosario y la Inmaculada Concepción son los medios escogidos por Dios para auxiliar á su Iglesia, volved los ojos á los Pirineos, contemplad lo que allí pasaba hace treinta años en la ya celeberrima gruta de Masabielle, que ha creado una peregrinación fabulosa, inverosímil, cual si se tratara de levantar en Europa una nueva cruzada para reconquistar la fe. ¡La Virgen de Lourdes! ¡Delicada y graciosa aparición! «Vengo del cielo, parece decir la misteriosa Señora, á salvar á mis hijos del abismo adonde van rodando, precipitados por la impiedad y la blasfemia: vengo á auxiliar á mi querida Iglesia.» Mas ¿quién eres, hermosa Señora, incomparable Reina? ¿cómo te llamas? pregunta la inocente pastorcita del Gave. «Soy la Inmaculada Concepción,» responde la Visión sagrada, y van pasando entre los dedos de sus blancas manos las cuentas de un rosario, mientras que rosas de color de oro brotan encima de sus pies. ¿Qué significa este cuadro prodigioso, mis amados oyentes? ¿No es la síntesis más bella y significativa de cuanto ha querido Dios obrar en nuestro siglo en auxilio de su Iglesia por mediación de María? La Virgen de Lourdes ¿no es María Auxiliadora?

9. Pero ¿se necesitan nuevas manifestaciones para dominar por la fuerza de hechos incontestables la negación sistemática de lo sobrenatural? María no tiene dificultad en multiplicarlas, y se deja ver ya en uno, ya en otro punto del planeta, lo mismo en Francia que en Italia y Alemania, á una sola persona ó á grupos numerosos de creyentes. Omitiendo por ahora tantas y tan acreditadas visiones, por no hacer á mi propósito, os ruego que atendáis á un hecho íntimamente ligado con el título que hoy solemnemente celebramos. *La Virgen María se apareció personalmente al Fundador de la Pia Sociedad Salesiana*<sup>1</sup>. No cabe dudar de la verdad de esta aparición, y en ella debéis reconocer, amados fieles, otro de los fecundos medios empleados por María para regenerar el mundo á la vida sobrenatural, toda vez que dicha aparición puede mirarse como el punto de apoyo de las obras de Don Bosco, y aun como punto de partida de la carrera de gigante emprendida por el nuevo apóstol de Turín y sus valientes legiones á lo largo del continente y á través del océano, para encender en todas partes el divino fuego de la piedad regeneradora, ya que no es otro que el de Ignacio de Loyola el tema de Don Bosco: *Ite, incendite omnia!* Detengámonos por un momento á considerar el maravilloso espectáculo que aquí se ofrece á nuestros ojos.

10. María quiere, no sólo hacer sentir la fuerza de su protección á la Iglesia, sino que se la reconozca por celestial Auxiliadora. He aquí por qué aparece en nuestros días, rodeada del prestigio de lo maravilloso, esta hermosa y consoladora advocación. En efecto, no

<sup>1</sup> *Don Bosco*, por un cooperador Salesiano, p. 316.

bastaba que el glorioso San. Pío V, reconocido á la Reina del cielo, vencedora en Lepanto, le decretara la cotidiana invocación, añadida á las Letanías Lauretanas: *Auxilium Christianorum, ora pro nobis*; ni bastaba tampoco á la gloria de la Soberana Virgen y á la piedad de sus hijos, que otro Pío, séptimo de este nombre, vuelto á Roma por las manos de todo el orbe cristiano y libre del duro cautiverio por favor de la misma Virgen, instituyese la fiesta que en este día 24 de mayo celebra la universal Iglesia en honor de la que es y ha sido siempre «Auxilio de los cristianos». Era necesario algo más todavía, según las miras de la Providencia, y ese algo reservado á la segunda mitad de nuestro siglo, para salvarlo en el peligro extremo, era saludar efusivamente y aclamar por todas partes á la Santísima Virgen con el título amoroso de *María Auxiliadora*. La gloria de haberlo iniciado pertenece al Pontífice de la Inmaculada, Pío IX, cuando, interrogado por Don Bosco<sup>1</sup> sobre el nombre con que vendría honrar á la Madre de Dios en la nueva iglesia que proyectaba edificar en Valdocco, el Papa le contestó: «La consagraréis á María Auxiliadora.» Pero, si de este modo quedó también consagrada la nueva advocación por la autoridad del Vicario de Cristo, fué ciertamente el Padre de la Familia Salesiana quien hizo suyo el mismo título y lo legó á sus hijos, hasta el punto de identificarse «María Auxiliadora» y «la Virgen de Don Bosco», no solamente por haber sido él quien levantó desde sus cimientos la magnífica basílica que ostenta en lo alto de la cúpula la imagen en bronce dorado de María Auxiliadora, circundada de luces, como

<sup>1</sup> L. c. p. 317.

lo está de estrellas en el cielo, sino también y mucho más porque todo lo grande y maravilloso ejecutado por aquel hombre extraordinario y su esclarecida proge, lleva el sello de la bondad de la Reina del cielo<sup>1</sup>. «Sí, decía el varón santo con ingenua convicción, *ella es quien lo ha hecho todo. ¡Oh! ¡que buena es María!*» Y saltábansele las lágrimas á los ojos.

II. «Ella es quien lo ha hecho todo.» Mas ¿quién podrá decir todo lo hecho por María Auxiliadora en el solo campo de la piedad y por el ministerio de sus hijos privilegiados, como llamaba á los suyos Don Bosco? ¿Quién enumerar podría los pecadores convertidos, las almas santificadas, los enfermos curados de alma y cuerpo, las vocaciones sacerdotales aseguradas, los pobres socorridos, los niños educados, los salvajes civilizados? ¿Quién podrá encomiar debidamente las obras de celo, caridad y verdadera abnegación cristiana, llevadas á cabo aquí mismo entre nosotros por los obreros evangélicos y cooperadores de la ilustre Familia Salesiana, que es obra de María Auxiliadora?<sup>2</sup> Porque, si la obra de Don Bosco no es solamente la redención espiritual y corporal de los niños desvalidos, sino también el fomento del culto y la piedad en los pueblos católicos mediante el ministerio sacerdotal en todas sus aplicaciones, y hasta la evangelización de las tribus salvajes, llevada á cabo en Patagonia en pocos años ¿quién duda que el culto de María Auxiliadora ha sido el instrumento providencial, la vara mágica con que se han realizado tan maravillosas obras?

12. Excuso hablar de los mil prodigios particulares obrados en todo el mundo por esta admirable ad-

<sup>1</sup> Op. cit. p. 316.

<sup>2</sup> Ibid. p. 246.